

TACITO Y LA VISION DEL OTRO EN LA PERIFERIA DEL IMPERIO

TACITUS AND THE VISION OF THE OTHER ON THE PERIPHERY OF THE EMPIRE

GERMÁN BURGOS FFRENCH - DAVIS*

RESUMEN

En este artículo, analizamos parte de la obra de Tácito, uno de los mejores autores del mundo antiguo, escrita en el momento de mayor apogeo del Imperio Romano. Específicamente, enfatizamos la perspectiva que asume el autor en la visión del otro, de aquél que es diferente; en este caso, de los pueblos que habitan más allá de la frontera imperial. Adicionalmente, acentuamos la condición romanizada del mundo en el que vive Tácito, que determina la visión y actitud del autor hacia el objeto que está examinando.

Palabras claves: Romanización, Tácito, otro, bárbaro, periferia.

ABSTRACT

In this article, we partially analyze the work of Tacitus, one of the greatest authors of the ancient world, written within the period of uttermost apogee of the Roman Empire. Specifically, we emphasize the perspective assumed by the author in front of the other, the one who is different; in this case, the peoples inhabiting beyond the imperial border. Additionally, we stress the romanized condition of the world in which Tacitus lives, that determines the author's sight and attitude towards the object under examination.

Keywords: Romanization, Tacitus, the other, barbarian, periphery.

INTRODUCCION

Publio (o Gayo) Cornelio Tácito nació a mediados del siglo I d. de C., en la Galia. En su madurez, mientras desarrollaba lo mejor de su carrera literaria, fue testigo de los primeros años del siglo de los Antoninos, esa época dorada en que el Imperio Romano alcanza su apogeo.

Su misma procedencia familiar muestra uno de los rasgos más notables del Imperio: la romanización. Tácito era un romano por donde se le mirase; fiel exponente de la cultura grecorromana que, al igual que otros tantos clásicos latinos, había nacido en provincias. El proceso de incorporación de una de dichas provincias al Imperio era, primeramente, un asunto militar. Pero su conservación dependía de la habilidad para atraerse a las elites locales y favorecer un proceso de integración entre Roma y sus dependencias.

Tras las legiones, llegaba la cultura romana en todas sus manifestaciones: la lengua, la literatura, las artes, la religión, el derecho. A su vez, esta cultura asimilaba contribuciones recíprocas de los pueblos conquistados. Con el tiempo, aunque el intercambio estuvo marcado por las formas de la cultura dominante, el fenómeno terminó generando resultados híbridos y novedosos que, en muchos casos, reflejaban hasta qué punto la romanización constituía una suerte de negociación entre lo romano y lo provincial.

* Magister en Historia (c) por la Universidad de Concepción.

Tácito habría nacido en la Galia Narbonense, de una estirpe de caballeros, una especie -mutatis mutandis- de antigua burguesía romana. Es posible que su familia se haya establecido en alguna colonia, formando parte de ese gran continuo humano que, a lo largo y ancho del Imperio, operaba ese profundo proceso de enriquecimiento cultural mutuo que comentábamos recién¹.

Durante el breve principado de Nerva, habrían visto la luz sus llamadas obras menores: *Agricola*, *Germania* y *Diálogo sobre los Oradores*. Ya bajo el reinado de Trajano, compuso sus obras mayores: las *Historias* y los *Anales*.

Antes y durante la época de los Antoninos, el empeño romanizador fue lo bastante fructífero como para que el Imperio del siglo II d. de C. apareciera a los ojos del observador como un conjunto sólidamente integrado, de manera que, conservando algunas importantes singularidades, las distintas regiones del Imperio habían forjado una identidad común. En el 212 d. de C., ya bajo los Severos, la Constitutio Antoniniana de Civitate, que concedió la ciudadanía a todos los habitantes libres del Imperio, apareció como culminación formal de un proceso gradual y de largo aliento de extensión de la romanidad a todos los rincones del mundo conocido².

En contraste con este orbis —que se caracteriza por esa identidad romanizada—, más allá del limes estaba situado el mundo bárbaro, donde subsisten los hombres que no han recibido el influjo de la cultura clásica. Una vez incorporado al Imperio, un ibero, un galo, un griego o un egipcio, gradualmente será integrado. Pero el parto, el caledonio o el germano, toda vez que su incorporación no se verifica, permanece como el otro.

Por eso resulta tan interesante la obra de Tácito. El mismo es producto de esa identidad romanizadora y, al mismo tiempo, ha alzado la vista para conocer aquella periferia del Mundo Antiguo, que no alcanzó a quedar comprendida en el orbis grecorromano. Parece una buena elección, pues, para analizar el discurso de un intelectual del Imperio en su momento de mayor poder y brillo.

Dadas las características del corpus taciteo, la mejor y mayor parte de este discurso dice relación con lo escrito en la *Germania*, a propósito de los pueblos que daban nombre a esa región. No obstante, hurgando en el resto de sus obras, hemos hallado datos que, sin ser tan completos como los reunidos en la *Germania*, permiten hacerse una idea aproximada de la forma en que Tácito considera a otros pueblos periféricos. Y aquí cobran relevancia otras obras del autor, como los *Anales*, que proporcionan muchas noticias del Oriente, y *Agricola*, que otorga una llamativa interpretación sobre la manera en que podría pensar un pueblo que se halla en riesgo de ser conquistado por Roma.

LA GERMANIA: MAS ALLA DEL LIMES DEL RIN

Casi todas las conquistas romanas se llevaron a cabo durante la República. Además de cambiar el régimen, Augusto y sus sucesores decidieron sabiamente detener el expansionismo imperial en las fronteras naturales —como el Rin— y dedicarse a la consolidación de lo ya ganado mediante el proceso de romanización, al que hemos aludido brevemente.

A mediados del siglo I a. de C., Julio César tuvo que sostener duras campañas para pacificar la Galia. Además de las agueridas tribus galas, el gran general tuvo que batirse con los feroces germanos, que habitaban más allá del gran río. Aunque los galos obligaron a las legiones de César a usar su mejor acero para someterlos, en *De Bello Gallico*, la comparación favorece ampliamente a los germanos:

Hubo un tiempo en que los galos superaban en valor a los germanos (...) En cambio, ahora, como quiera que los germanos siguen en la misma pobreza, indigencia y vida rigurosa (...) mientras que a los galos la vecindad de nuestras provincias y el comercio ultramarino les proporcionan muchas cosas para su comodidad y regalo, acostumbrados poco a poco a la superioridad de los otros y vencidos en muchas batallas, ni ellos mismos se atreven a compararse en valor con los germanos³.

¹ Para mayores datos biográficos sobre Tácito, Cfr. Moralejo, José Luis; su Introducción general a las obras de Tácito. 2001. Biblioteca Básica Gredos, Madrid, vol. 89, pp. IX y X.

² Cfr. Bancalari M. Alejandro. 1996. "La Constitutio Antoniniana: Aproximaciones, significado y características", *Semanas de Estudios Romanos*, Vol. IX, Valparaíso.

³ BG, VI, XXIV.

César demuestra en este pasaje de su obra un rasgo muy propio de Tácito en la suya: la admiración por muchas de las características de estas naciones bárbaras, que el autor considera virtudes. En este sentido, se ha pensado que la Germania tendría como propósito contrastar las costumbres salvajes, pero puras, de los bárbaros, con el desorden moral que a menudo mostraba el pueblo romano.

Considerando que el de Tácito es el único testimonio general sobre los germanos, cien años antes de que empiecen a irrumpir como una amenaza seria en la víspera del siglo III, el texto podría ser una advertencia para los romanos y su progresiva elasticidad moral, tan peligrosa si vecinos tan valientes y virtuosos estaban apostados en gran número sobre las mismísimas fronteras del Imperio⁴.

Como quedó dicho, la obra de Tácito fue producida en los primeros años de los célebres emperadores Antoninos. No obstante, en su memoria está fresco el recuerdo de la tiranía de Domiciano, que fue el lamentable cierre de la dinastía de los Flavios. Y los Anales —o, más bien, la parte conservada— se nos figuran como una galería de excesos, traiciones y asesinatos, en las feroces pugnas de poder que tuvieron por escenario la Roma de la dinastía Julio-Claudia.

Con este punto de referencia, un temperamento como el de los germanos, que no eran fácilmente corruptibles, podía parecer plausible para los romanos. El oro y la plata les resultaban casi desconocidos:

Los dioses, no sé si propicios o airados, les negaron la plata y el oro (...) Su posesión y uso no les afecta como a otros: es cosa de ver el que las vasijas de plata dadas como regalo a sus embajadores y jefes, son tenidas en la misma poca estimación que las hechas de tierra. Aunque los más cercanos a nosotros, debido al tráfico comercial, tienen aprecio al oro y a la plata, (...) los del interior, utilizan el sistema más sencillo y antiguo de la permuta de mercancías⁵.

La mayor parte de los pueblos de Germania, entonces, salvo por los contactos comerciales y los esporádicos choques con las legiones, se hallaban en un total aislamiento, lo que les permitía conservar este semblante de buenos salvajes, intocados por la civilización que, junto con las comodidades y la cultura, puede arrastrar al hombre a los peores vicios, si las disfruta con molicie y displicencia.

La familia tiene para los germanos un carácter sagrado. Tácito destaca la fortaleza que alcanzan, incluso, los lazos colaterales. En este sentido, resultaba frecuente intercambiar a los sobrinos como rehenes, pues se estimaba que el vínculo de un sobrino con su tío, no es menos fuerte que el de un padre y un hijo. Además, así, el compromiso ataba a más miembros de la familia, que asumen como propias las amistades y enemistades de todo el clan⁶.

El adulterio de la mujer es severamente castigado, pero a diferencia de lo que ocurría en otras culturas contemporáneas, en la sociedad germánica es raro que un hombre tenga más de una mujer y ésta es considerada más como una compañera de vida, que como una posesión. Tácito considera que la alta estimación del matrimonio es uno de los mejores rasgos que distinguen a los germanos y con algo de ironía, desliza una amarga comparación con lo que en Roma se denominaba vivir con los tiempos, pero que no pasa de ser un vicio disolvente de la sociedad⁷.

En la guerra, que es la actividad donde más se destacan los germanos, la sacralidad de la familia es un incentivo importante para conseguir la victoria. Parten a la batalla en unidades conformadas a partir de lazos de sangre y sus madres y esposas los asisten y cuidan de sus heridas, haciendo acto de presencia en la lucha, tanto como sus hijos y esposos. Tácito alude un ilustrativo ejemplo y desliza una sutil crítica a la sociedad romana de su tiempo:

Se conserva en el recuerdo que algunos ejércitos, cediendo ya y a punto de desfallecer, se rehicieron gracias a las mujeres, por la insistencia de sus ruegos y por la exhibición de sus pechos, mostrándoles el inminente cautiverio; lo temen mucho más por la suerte de sus mujeres (...) Es más, piensan que hay en ellas algo santo y profético, por lo que no desprecian sus consejos, ni desdeñan sus respuestas (...) En otro tiempo, veneraron a Aurinia y a muchas otras, no por adulación, ni por divinizarlas⁸.

⁴ Cfr. J. M. Requejo, *op. cit.*, vol. 91, p. 72.

⁵ *Germania*, 5, 3-5.

⁶ Cfr. *Germania*, 20, 3-5 y 21, 1.

⁷ Cfr. *Germania*., 18 y 19.

⁸ *Germania*, 8. La última frase parece ser una alusión sarcástica a las mujeres de la familia imperial romana.

Su extraordinario desempeño en el campo de batalla también se explica porque, acostumbrados a la guerra permanente, no saben vivir en medio de otras actividades. Por otro lado, su mayor honor, si es que son jefes, es rodearse de un séquito esforzado y valiente. Y si son subalternos, buscan siempre sobresalir a ojos de su comandante, al punto de que una de las peores deshonras es abandonar el campo de batalla sobreviviendo a su líder. De este modo, la mutua fidelidad entre quienes mandan y quienes son comandados, es otra de las circunstancias que explica por qué los germanos eran tan buenos soldados⁹.

La larga lucha entre romanos y germanos –cuyos ecos más remotos provienen de la pacificación de las Galias, como quedó dicho– ocupa una buena parte de los *Anales*. Resultan dignos de destacar los dos primeros libros, en los que Tácito dedica varios capítulos a relatar los hechos de armas del general Julio César Germánico. Comandante esforzado, valiente y buen estratega, su devoción al Imperio y la ingratitud de la que es objeto por parte de un Príncipe celoso de sus hazañas, recuerdan, además, la figura de Julio Agricola, a quien Tácito dedica otra de sus obras.

El rival de Germánico era ni más ni menos que Arminio, el jefe bárbaro que había despedazado las tropas bajo el mando del legado Quintilio Varo en la batalla de Teutoburgo, el año 9 d. de C. En esa ocasión, el hábil Arminio había conseguido arrinconar a las tres legiones de Varo en un terreno pantanoso, donde mal podía desenvolverse la célebre infantería romana. El propio Varo se quitó la vida ante la inminencia de la derrota y Teutoburgo era recordado como uno de los peores desastres de la historia militar romana¹⁰.

Germánico, primero, y posteriormente Druso, tuvieron que hacer gala de muchos esfuerzos y astucia para doblegar al porfiado Arminio¹¹. Ya perdida la oportunidad de ser el vencedor de Roma, nos dice Tácito que Arminio murió traicionado por sus allegados. Reiterando la admiración que le inspiran los germanos, manifiesta el autor a propósito del malogrado jefe bárbaro:

Fue sin duda el liberador de la Germania y no atacó, como otros reyes y caudillos, al pueblo romano en sus inicios, sino cuando su imperio estaba en su más alta cumbre; tuvo en las batallas suerte ambigua, pero no fue vencido en la guerra. Duró treinta y siete años su vida y siete su poder, y todavía pervive en los cantos de los bárbaros, desconocido por los historiadores griegos, que sólo admiran sus propias cosas, y no demasiado célebre entre los romanos que, por ensalzar lo antiguo, descuidamos los acontecimientos recientes¹².

Así, en la memoria de uno de sus más distinguidos comandantes, elogiaba Tácito las virtudes viriles de los germanos. La estima por las dotes guerreras de los germanos no era cosa solamente de Tácito. Germánico y los demás comandantes romanos solían reclutar auxiliares germanos y el emperador Augusto había creado una guardia de *corps* compuesta por soldados de dicha procedencia, los *germani corporis custodes*, que sirvieron con lealtad a los césares durante largo tiempo. El emperador Caracalla marchaba siempre con una tropa escogida de jinetes germánicos y hay que considerar que, siendo un Severo y gobernando en el siglo III, las tribus germánicas habían llegado a ser una amenaza mucho mayor que la que representaban cien años antes, bajo los Antoninos. En efecto, a medida que pasó el tiempo y el mantenimiento de las fronteras se hizo más difícil ante el creciente empuje de los bárbaros, fue cada vez más común que se reclutaran unidades completas de mercenarios germanos para hacer frente a sus connacionales. Por cierto, la mezcla entre un Imperio debilitado y la presencia de mercenarios fuertes y eventualmente ambiciosos, contribuyó lo suyo a precipitar el desplome de Roma¹³.

Como se sugirió al comienzo de esta reflexión, cuando Tácito se refiere a los germanos, muchas veces llama la atención sobre algunas virtudes de estos pueblos que otrora también exhibieron los padres del Imperio Romano y que, con este tipo de ejemplos, bien podrían intentar retomarse. Quizá Tácito adivinaba el rol histórico que estas naciones bárbaras tendrían en el futuro de la Romanidad, en su transformación de crisol y antecesor de la

⁹ Cfr. *Germania*, 14.

¹⁰ Cfr. para una crónica de la batalla y sus antecedentes, Velejo Patérculo, II.

¹¹ *Anales*, I, 55-72; II, 5-26, 42-47, 62-63.

¹² *Anales*, II, 88.

¹³ Cfr. Joseph Vogt, *La Decadencia de Roma. Metamorfosis de la Cultura Antigua*, 1968. Madrid, Guadarrama, pp. 86 y ss.

Cristiandad, proceso de cambio que exigiría que estos germanos fueran principalísimo instrumento en la destrucción final del Imperio de Occidente. En todo caso, lo que sí nos consta, es que los consideraba como los más tenaces adversarios que habían enfrentado las invictas legiones:

Tenemos un total de casi doscientos diez años: ¡tanto va tardando Germania en ser sometida! En un período tan extenso se han producido mutuos y abundantes reveses. Ni el Samnio, ni los cartagineses, ni Hispania o las Galias, ni siquiera los partos, nos han suministrado tantas lecciones. Sin duda, la libertad de los germanos nos cuesta más cara que el despotismo de Arsaces¹⁴.

LA FRONTERA ORIENTAL: EL MUNDO PARTO

La última cita desliza una comparación entre los germanos y otro de los enemigos seculares de Roma: los partos. A partir del siglo I a. de C., los reyes partos de la dinastía Arsácida construyeron un Imperio que se extendía entre el Eufrates y el Indo, y desde el Océano Índico hasta el río Oxus. Como si se tratara de una reliquia familiar, romanos y arsácidas se enfrentaron frecuentemente en el campo de batalla, proceso que habían inaugurado los poleis y los Aqueménidas.

La obra de Tácito no nos otorga sobre los partos tantos datos como nos da a propósito de los germanos, pero sabemos que tradicionalmente habían sido oponentes de cuidado para Roma. El mismo Marco Licinio Craso había encontrado la muerte en una desastrosa campaña empeñada contra ellos y durante el siglo I de nuestra era fueron usuales las fricciones entre ambos imperios.

Los *Anales* no reparan en una descripción acabada del carácter de los partos y de su país, pero resulta claro que por ellos Tácito no siente la misma admiración que por los germanos. Por una parte, oriundo del Occidente, no había tenido oportunidad de trabar conocimiento con ellos. Por otra, los partos, al igual que los romanos, eran los amos de un gran imperio, que otorga tantos bienes como posibilidades de corrupción. La prédica del buen salvaje, en la que tanto se detiene Tácito en la Germania, no tiene, pues, ninguna cabida con respecto a los partos.

En el Libro VI de los *Anales*, relata Tácito un hecho que ilustra la visión que el autor tenía del temperamento de estos reyes de Oriente. El año 35 d. de C. llegó a Roma una embajada de notables partos, que solicitaban la ayuda de Roma para deshacerse de su rey, Artábano. Según cuenta Tácito, Artábano había fingido amistad a Roma, pero tras la muerte de Germánico y ante la vejez de Tiberio se había vuelto soberbio con los romanos y cruel con su pueblo. Hablaba, incluso, de restablecer los antiguos límites del Imperio Aqueménida.

Tiberio accedió a enviar con los embajadores a Fraates, un vástago de la dinastía Arsácida, que se había criado en Roma, dado que el resto de los posibles competidores de Artábano, habían sido asesinados por este último. Asimismo, consigue un príncipe para gobernar sobre Armenia, zona fronteriza entre ambos imperios, motivo de constantes disputas. Como quiera que Fraates murió al poco tiempo, el resto del relato que nos hace Tácito está marcado por las traiciones, los engaños, los disimulos, los asesinatos y el despotismo de Artábano, que finalmente debe partir al exilio, ante la amenaza de que las legiones romanas, al mando de Vitelio, atraviesen el Eufrates y pongan fin a la confusión utilizando el *pilum*¹⁵.

Puede que Tácito exagere la doble conducta de los partos, así como la real importancia que la advertencia de Vitelio pudo tener en la resolución del asunto, aun cuando parece que Vitelio efectivamente estuvo en Partia, aunque no para presentar batalla, sino para prestar su consentimiento para entronizar un nuevo rey, en nombre de Roma.

Lo que realmente importa es el marcado contraste entre las virtudes de los germanos y los muchos vicios de los partos, que parecen tan corrompibles como los romanos, a causa de conocer los lujos y, además, se nos figuran como más débiles y temerosos del poder de Roma. Comparada con la gallarda valentía de Arminio, la amenaza de Artábano parece el alarde de un fanfarrón.

Años después, en 49 d. de C., se repite la situación. Un grupo de aristócratas partos llega hasta Roma, solicitando se envíe como rey a Meherdates, príncipe Arsácida criado en la ciudad, para que reemplace al funesto Gotarzes. Este, según el relato de Tácito, es descrito así por los embajadores partos:

¹⁴ *Germania*, 37, 2-4. Arsaces, fundador de la dinastía Arsácida, lo es también del Reino Parto.

¹⁵ Cfr. *Anales*, VI, 31-37.

Igualmente intolerable para la nobleza y para la plebe; ya había exterminado con sus matanzas a sus hermanos, parientes, incluso a los lejanos; a ellos añadía a sus mujeres grávidas y a sus hijos pequeños aquel hombre inepto para la paz, desafortunado en la guerra, que disimulaba su cobardía con la crueldad; ellos tenían con nosotros una amistad antigua y oficialmente establecida, y debíamos ayudar a unos aliados que, iguales en fuerzas, cedían ante nosotros por respeto¹⁶.

El Emperador Claudio, en su respuesta, recogida por Tácito, demuestra el tenor en que el Imperio Romano se compara a sí mismo con el Imperio Parto. Dirigiéndose al príncipe Meherdates, le da estos consejos:

Añadió luego consejos (...) en el sentido de que no pensara en un poder absoluto y en unos esclavos, sino en ser el guía de unos ciudadanos, y que practicara la clemencia y la justicia, virtudes tanto más gratas cuanto que desconocidas por los bárbaros (...) El Estado Romano había llegado a tal grado de gloria que también deseaba la paz para los pueblos extranjeros¹⁷.

Como había ocurrido en tantas otras ocasiones, Meherdates terminó traicionado. Gotarzes murió poco después y la sucesión siguió su propio camino, porque, usando palabras de Tácito, “la experiencia demuestra que los bárbaros gustan más de pedir reyes a Roma que de conservarlos”¹⁸.

Una vez más, Tácito nos representa ese universo de traiciones que es el Oriente, esa lucha de poderes pequeños y camarillas, de déspotas y sátrapas, a que nos tenían tan acostumbrados Heródoto y otros historiadores griegos que, en su hora, relataron el enfrentamiento con los predecesores Aqueménidas de estos reyes de Asia. Pero si en los nueve libros de la historia, en las *Helénicas* y, sobre todo, en la *Ciropedia* y en la *Anábasis*, a veces encontramos virtud entre los persas, en Tácito el juicio es siempre negativo cuando se refiere a los partos. Si entre los griegos el apelativo de bárbaro no siempre resultaba peyorativo, en la obra tacitea siempre consiste en un menoscabo.

Roma no le va a la zaga a Partia en intrigas por conquistar el poder; el emperador que recibe a los embajadores ascendió al trono tras el asesinato de Calígula y él mismo va a morir envenenado. Pero la juridicidad de Roma y el distinto carácter esencial que existe entre la figura del déspota y la del princeps, hacen que el mundo romano tienda al orden de manera mucho más decidida que el Asia de los partos. El hecho de que más de un grupo de notables partos haya decidido dirigirse a la capital imperial para pedir que se les diera un rey, vale por muchos ejemplos.

Bajo el Imperio de Roma, aunque sea formalmente, siempre ha de respetarse la *lex*. En un reino donde el jefe es un déspota, un amo, que manda sobre vasallos y no ciudadanos, la voluntad arbitraria del que detenta el poder no tiene límites.

LA ARENGA DE CALGACO: CRITICA DE LA RESISTENCIA

Otra de las fronteras que mantuvo muchas veces preocupados a los romanos, era el confín de su provincia de Britania. Conquistada tardíamente a mediados del siglo I d. de C., el proceso de romanización de la provincia debe haber sido menos profundo que en el resto del Imperio, de cuyo centro, por lo demás, se hallaba alejada. Todavía bajo Domiciano (81-96 d. de C.), no estaba consolidado el proceso de pacificación y ésa fue una de las tareas que le fueron encomendadas a Julio Agricola, suegro de Tácito, cuando se hizo cargo de la provincia.

Según relata Tácito en el *Agricola*, en el 84 d. de C., al pie de los Montes Grampianos, su suegro hubo de presentar batalla a los caledonios, los habitantes de la actual Escocia. La batalla, aunque victoriosa, no proporcionó resultados definitivos y Caledonia nunca fue conquistada. Con el tiempo, Adriano y Antonino Pío, ya en el siglo

¹⁶ *Anales*, XII, 10.

¹⁷ *Anales*, XII, 11.

¹⁸ *Anales*, XII, 14, 2.

II d. de C., resolvieron fortificar el límite septentrional de la actual Inglaterra para defenderse de los feroces bárbaros del norte.

Más que los efectos de la campaña y de las vicisitudes de Julio Agricola, interesa destacar aquí un interesante discurso que Tácito pone en boca de Calgaco, el jefe caledonio que planta cara a las legiones romanas. Lo más probable es que, siguiendo un recurso estilístico muy utilizado en la historiografía clásica grecolatina, la arenga de Calgaco a sus tropas sea una invención del autor, que quiso así ponerse en el lugar de un bárbaro que está en la situación de someterse a Roma o morir peleando. Por muy nacido en la Galia que fuera, Tácito es un romano, que se hace eco de las motivaciones que un pueblo podría tener para rechazar el saludable influjo de la civilización romana y mantener su libertad, aunque fuera en la barbarie.

No es esta pieza de oratoria, pues, un testimonio fidedigno del modo de pensar de los caledonios de fines del siglo I d. de C., aunque bien puede representar su espíritu, hasta donde podía interpretarlo Tácito y constituye, desde luego, una concesión a la equidad, en favor de las razones que podían aducirse para resistir al poder del Imperio.

Destaca el discurso que los caledonios son los llamados a emprender la liberación de toda Britania, puesto que, por vivir en el extremo más alejado de la isla, no han conocido ni de vista la esclavitud que ya campea en las Galias hace tiempo¹⁹. Sobre el propósito de las conquistas romanas, Tácito pone en boca de Calgaco lo siguiente:

Si el enemigo es rico, se muestran codiciosos; si es pobre, despóticos; ni el Oriente ni el Occidente han conseguido saciarlos; son los únicos que codician con igual ansia las riquezas y la pobreza. A robar, asesinar y asaltar llaman con falso nombre imperio, y paz al sembrar la desolación²⁰.

La arenga recuerda el peso de los tributos y las afrentas de la esclavitud y el dominio extranjero. Insiste sobre la disyuntiva absoluta de libertad o muerte y compara las tropas de Calgaco, unidas por esta tesitura desesperada, con las legiones, que están en terreno desconocido y asistidas por tropas auxiliares de países conquistados, de cuya lealtad podría dudarse a primera vista²¹.

El discurso, pues, denuncia una sed insaciable de poder de Roma y hace un claro llamado a resistirla aunque cueste la vida. Además, al poner en duda la fidelidad de los auxiliares y de los extranjeros enganchados como legionarios, cuestiona todo el proceso de romanización que, como se sostuvo en la introducción de este trabajo, era el fundamento mismo de la expansión y longevidad del Imperio.

Pero no hay que engañarse con las apariencias. Como ciudadano romano y como historiador, Tácito está abierto a ponerse en el lugar del otro, incluso si, como en este caso, es poco lo que realmente sabe de él. Por eso la crítica inmisericorde al imperialismo romano resulta mucho más general que la coyuntura de los caledonios y bien pudieron haberla pronunciado, en su hora, Mitrídates del Ponto, Vercingétorix, Arminio o los reyes de Macedonia.

Desde nuestra perspectiva, Tácito quiere retratar, *sine ira et studio*, las fuerzas morales que impulsan a cada bando a batirse en el campo del honor. En efecto, a continuación, reproduce la arenga que Agricola dirige a sus tropas, probablemente, de mayor verosimilitud histórica que la supuestamente pronunciada por Calgaco²².

Como en tantos otros pasajes de su obra, Tácito puede resultar crítico de Roma, llamando la atención sobre los vicios que observaba en su sociedad, contrastándolos con las virtudes de otros pueblos, como los germanos y los caledonios. Pero Tácito no es un iconoclasta; de la comparación con el Imperio Parto, se concluye claramente que estima en mucho el orden y la paz que reinan en el Imperio, ya iniciado el siglo de los Antoninos, cuando compone sus escritos. Y esa atmósfera se ve favorablemente resaltada cuando se considera el arbitrario despotismo de los reyes de Asia, que no encuentran para sus abusos un límite similar a la *lex*.

Incluso la crítica en sí misma aparece como un rasgo positivo en una sociedad que ha alcanzado la cima de su poder y prestigio, pero que, sin embargo, no se muestra como engreída y satisfecha de sí misma, al menos no completamente. Tácito, como la misma Roma a la hora de enfrentar al otro, está abierto a aprender de la diversidad y

¹⁹ Cfr. *Agricola*, 30, 1-3.

²⁰ *Agricola*, 30, 4.

²¹ Cfr. *Agricola*, 31-32.

²² Cfr. *Agricola*, 33, 2-34.

a convertir al sometido de ayer en un alter ego mañana. Como se sugirió, la misma romanización, en su afán integrador, aparece como un proceso de intercambio, más que como una pura imposición de la romanidad.

Para terminar, resulta ilustrativo recoger otro testimonio de Tácito. Se trata del debate suscitado en torno a la inclusión de los galos en las magistraturas romanas. La cuestión despertó airadas discusiones²³ y el emperador Claudio se dirigió al Senado para favorecer la petición de los galos. En general, Tácito no deja de Claudio una impresión favorable, aunque en este discurso, seguramente adornado por el historiador, se nos aparece como un príncipe sabio y prudente²⁴.

Claudio recuerda al Senado que la tradición de asimilar a los pueblos sometidos a la ciudadanía y a las magistraturas romanas es tan antigua como la ciudad. La iniciativa de convertir a los pueblos conquistados en aliados convencidos es una de las fortalezas de la política exterior de Roma. Sobre los muchos ejemplos de hombres venidos de fuera de la ciudad y que han prestado grandes servicios al Imperio, dice el princeps:

Aún quedan descendientes suyos y no nos ceden en amor a esta patria ¿Cuál otra fue la causa de la perdición de lacedemonios y atenienses, a pesar de que estaban en la plenitud de su poder guerrero, sino el que a los vencidos los apartaban como a extranjeros?²⁵

A pesar de que la romanización, de manera más o menos consciente, era un fenómeno tan antiguo como la conquista de Italia, la inclusión de galos en las más altas magistraturas debió haberles parecido a muchos senadores una novedad peligrosa y chocante. Pero la apertura hacia lo diverso era la fuerza que garantizaba la pervivencia del Imperio y la integración con los provinciales era la llave maestra de esa apertura:

Unidos ya a nuestras costumbres, artes y parentescos, que nos traigan su oro y riquezas, en lugar de disfrutarlas separados. Todas las cosas, senadores, que ahora se consideran muy antiguas, fueron nuevas: los magistrados plebeyos tras los patricios, los latinos tras los plebeyos, los de los restantes pueblos de Italia tras los latinos. También esto se hará viejo y, lo que hoy apoyamos en precedentes, entre los precedentes estará algún día²⁶.

Los galos que lucharon contra César en Gergovia y Alesia eran, en ese entonces, el otro. Ya en el siglo I de nuestra era, a ojos del Emperador y de uno de los más brillantes cultores de las letras latinas, podían considerarse como de los nuestros. Este era el resultado tangible de ese intercambio cultural que fue la romanización. Y es desde un mundo romanizado que Tácito hace sus observaciones y críticas.

CONCLUSION

Hubo pueblos que permanecieron irremediabilmente más allá de la integración romanizadora, como los partos y los caledonios. Otros, como los germanos, entraron en contacto con Roma de manera traumática, aun cuando produjeron una cultura que hizo suyo mucho del ser romano. En suma, sean cuales fueran las circunstancias que determinaron su definitiva relación con la romanidad, la apertura atenta de Tácito y del Imperio al otro, con el fin de aprender de él y traspasarle los tesoros de su cultura al mismo tiempo, es la condición que marca los mecanismos sorprendentes de que se sirvió Roma para emprender esa hazaña política y social que fue la romanización del Imperio. Este mundo romanizado, integró elementos orientales de innegable influencia semítica —como el Cristianismo— con lo propio, además de las contribuciones germánicas; todo lo cual contribuyó a forjar el crisol de lo que conocemos como la Civilización Cristiana Occidental.

²³ Cfr. *Anales*, XI, 23.

²⁴ El ya citado José Luis Moralejo, en una nota al pie de la edición que traduce y de la que nos hemos servido en este estudio, afirma que existe una versión fidedigna del discurso de Claudio en la Tabula Claudiana de Lyon (*Corpus Inscriptionum Latinarum* XIII 1668).

²⁵ *Anales*, XI, 24, 4.

²⁶ *Anales*, XI, 24, 7.

BIBLIOGRAFIA Y FUENTES

- Bancalari M. Alejandro. 1996. "La Constitutio Antoniniana: Aproximaciones, Significado y Características", *Semanas de Estudios Romanos*, Vol. IX, Valparaíso.
- Moralejo, José Luis. 2001. *Introducción general a las Obras de Tácito*. Biblioteca Básica Gredos, Madrid, Vol. 89, pp. IX y X.
- Vogt, Joseph. 1968. *La Decadencia de Roma. Metamorfosis de la Cultura Antigua*, Madrid, Guadarrama.
- César. 2000. *Guerra de las Galias*. Introducción general de Pere J. Quetglas, traducción de Valentín García Yebra e Hipólito Escolar Sobrino. Gredos, Madrid.
- Tácito. 2000. *Agricola*. Colección Obras de Tácito. Introducción, traducción y notas de J. M. Requejo. Gredos, Madrid. Vol. 91.
- Tácito. 2000. *Germania*. Colección Obras de Tácito. Introducción, traducción y notas de J. M. Requejo. Gredos, Madrid. Vol. 91.
- Tácito. 2000. *Diálogo sobre los oradores*. Colección Obras de Tácito. Introducción, traducción y notas de J. M. Requejo. Gredos, Madrid. Vol. 91.
- Tácito. 2001. *Anales*, Introducción general, traducción y notas de José Luis Moraleja, Gredos, Madrid, Vol. 91.